

Radical media

JOHN D. H. DOWNING

Radical media
**Comunicación rebelde
y movimientos sociales**

Traducción:
Virginia A. Duch

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerrector
Alfredo Alfonso



Bernal, 2021

Colección Medios&redes
Dirigida por Cora Gornitzky

Downing, John D. H.
Radical media: comunicación rebelde y movimientos sociales / John D.
H. Downing. - 1a ed. - Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2021.
626 p.; 20 x 14 cm. - (Medios&redes / Cora Gornitzky)

Traducción de: Virginia A. Duch.
ISBN 978-987-558-746-5

1. Ciencias de la Comunicación. 2. Medios de Comunicación. 3.
Movimiento Social. I. Duch, Virginia A., trad. II. Título.
CDD 302.23

Título original: *Radical Media. Rebellious Communication and Social Movements*,
by: John D. H. Downing, with Tamara V. Ford, Genève Gil and Laura Stein,
Sage Publications, Thousand Oaks, California, 2001

Traducción: Virginia Alejandra Duch

© John D. H. Downing, 2021
© Universidad Nacional de Quilmes, 2021

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-746-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Prefacio a la edición argentina	9
Prefacio	29
Agradecimientos	41

Parte I. Conceptos: teoría de la intersección mediática

y los <i>radical media</i>	45
1. Cultura popular, audiencias y <i>radical media</i>	47
2. Poder, hegemonía, resistencia.	59
3. Movimientos sociales, la esfera pública, redes	73
4. Comunidad, democracia, diálogo y <i>radical media</i>	93
5. Arte, estética, <i>radical media</i> y comunicación.	117
6. Organización de los <i>radical media</i> : dos modelos.	133
7. Religión, etnia y dimensión internacional	143
8. <i>Radical media</i> represivos.	161
9. Conclusiones	173

Parte II. Complejidad de los *radical media*: rebelión

comunicativa histórica y global	177
10. Discurso público, danza, chistes y canto.	183
11. Grafiti y vestimenta	205
12. Teatro popular, teatro callejero, <i>performance</i> e interferencia cultural	217
13. La prensa	235
14. Bombas mentales: xilografías, impresiones satíricas, volantes, fotomontaje, pósters y murales	257

15. Radio	287
16. Películas y videos	303
17. Uso radical de internet, <i>por</i> Tamara Villarreal Ford y Genève Gil	315
Parte III. Casos de estudio extendidos	361
18. La explosión portuguesa: el colapso de la dictadura y el colonialismo, 1974-1975.	363
19. Italia: tres décadas de <i>radical media</i>	401
20. Acceso a la televisión y la comunicación política de base en los Estados Unidos, <i>por</i> Laura Stein.	447
21. KPFA, Berkeley y Free Radio Berkeley	485
22. <i>Samizdat</i> en el antiguo bloque soviético.	525
23. Un hexágono a modo de conclusión	573
Referencias bibliográficas	583

PREFACIO A LA EDICIÓN ARGENTINA

Dada la solidez de la experiencia y el pensamiento latinoamericanos sobre proyectos de *radical media*,^{*} siento que es un gran honor tener mi libro traducido completo al español,¹ sobre todo en la Argentina, con su vigoroso movimiento de activismo mediático, que en el momento de escribir este artículo incluye a unas 289 emisoras de radio comunitarias y televisión de considerable variedad, y un conjunto de revistas independientes (RICCAP, 2019; Badenes, 2017).

Los responsables de la colección Medios&redes de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes me invitaron a redactar este prefacio, ya que han pasado casi 20 años desde que salió la segunda edición y 35 desde la primera.

* El título de este libro reúne dos términos que frecuentemente la literatura especializada —tanto en los estudios de comunicación como en ciencia política— opta por no traducir. En comunicación, el vocablo “media” es más que medios. Condensa una referencia amplia a los medios de comunicación y las industrias culturales; por eso ya desde clásicos como *Los media y la modernidad*, de John Thompson, se ha optado por conservar la expresión sajona. Así, el criterio editorial fue conservar la expresión “radical media”, por su potencia original, en lugar de traducirla como “medios radicales” (N. del E.).

¹ Un fragmento del capítulo 4 fue publicado de Gumucio Dagron y Tufte (2008), y la primera parte en Pereira y Cadavid (2011). El libro también fue publicado en Brasil por Editora Senac en 2003.

Del primer *Radical media* a la edición ampliada

Desarrollé la primera edición en el contexto de los medios antifascistas y anticolonialistas de Portugal de 1974, de los movimientos activistas y el auge de la radio libre en la Italia de los setenta y el crecimiento de los medios *samizdat*² en algunas naciones del bloque soviético. Quería ayudar a los activistas a reconocer que el peso aplastante de los medios oficiales no tenía que expulsar todo el oxígeno político, ni en el “Occidente” ni en la zona soviética. Que había (entonces) muchos ejemplos recientes de *radical media* independientes que desafiaban tanto a la ortodoxia capitalista como a la soviética. Que, para vincular a Mercucio enfadado y agonizante en *Romeo y Julieta* con el movimiento altermundista, necesitábamos declarar urgentemente “una plaga en ambas casas”, porque otras casas/mundos *eran* posibles.

Conceptualmente, me basé en algunos anarquistas, algunas feministas y algunos marxistas disidentes de Europa del Este. La edición de 1984 se centró casi exclusivamente en la prensa escrita y la radio, así como también en ejemplos extraídos de Estados Unidos, Portugal, Italia, Polonia y (en ese entonces) Checoslovaquia. Quería demostrar cómo los proyectos mediáticos autogestionados, sin financiamiento corporativo, estatal o religioso, lograron *prácticamente* mantener sus operaciones en el tiempo, y mucho más que generando un solo cartel o algunos volantes o algún grafiti. Pueden imaginar mi emoción cuando me dijeron, 15 años después, que una traducción pirateada había sido muy leída y utilizada en 1987 durante los levantamientos masivos de Corea del Sur de febrero a junio (Oh, 2011).

Pero el tiempo y los medios de comunicación de los movimientos sociales, ¡no se detienen! Apenas salió la primera edición, los enormes movimientos antinucleares de la década de 1980 –especialmente

² *Samizdat* = autoeditado. Dado que el Estado soviético insistió en sus derechos de publicación de monopolio, este término seco e inofensivo en sí mismo desafiaba al poder.

en Alemania, Estados Unidos, Italia, Países Bajos– provocaron una nueva ola de *radical media*. Desafiaban tanto la locura de las superpotencias por las armas de la Guerra Fría como la hegemonía de la industria de la energía atómica con sus desechos nucleares de 500 millones de años. En los Estados Unidos, en la década de 1980, las guerras en Centroamérica también generaron oleadas de activismo solidario y algunos contundentes documentales de 16 mm. La videocámara fue adoptada por los activistas de los medios del movimiento. Asimismo, la comunidad local accede a la televisión y la radio de baja potencia en varios países.

Luego, el aumento constante de internet, y no menos importante los usos que el movimiento zapatista y sus aliados extranjeros le dieron a internet, marcaron la década de 1990. De hecho, justo después de haber enviado la segunda edición de este libro al editor en 1999, se produjo la confrontación de cuatro días de la OMC en diciembre de ese año, que prácticamente paralizó a Seattle y a la conferencia de la OMC. De esa confrontación épica y, a cierto nivel, inspirada por el proyecto zapatista, surgió la red Independent Media Center (“Indymedia”) basada en internet, una globalización de la comunicación proveniente desde abajo, en un momento con unos 200 sitios web en todo el planeta, muy fuerte en la Argentina y Brasil (Ferron, 2015; Wolfson, 2014).

En la edición de 1984, traté de persuadir a los activistas del movimiento de que nosotros, “los de abajo”, tenemos el poder de desarrollar nuestros propios proyectos de radio y prensa, a pesar de la falta de fondos. ¡O de experiencia! Así que una gran parte del libro se centró en compartir las experiencias prácticas y los dolores de cabeza de organizarse en torno a esas dos tecnologías de medios. Para la segunda edición, decidí abrir el lienzo que había pintado originalmente para expandirlo más allá de la impresión y la radio. Los “medios” en esta edición incluyen un espectro completo, desde la danza, la canción popular, el grafiti, la vestimenta, el teatro callejero, los murales,

pasando por películas, videos, impresiones, radio e internet, pero no se limitan a estos últimos. Sentí que enfatizar tanto los fondos mínimos que necesitaban los recién llegados a mi lienzo como la importancia de combinar todas las técnicas de expresión para los objetivos de los movimientos sociales, justificaba un lienzo más amplio. Esto significó sacrificar los estudios de caso de los medios indígenas, feministas, solidarios de América Latina, activistas laborales y otros *radical media* que aparecieron en la primera edición, que había realizado en gran medida con el espíritu que describe Marita Mata (2011, pp. 18-21) a través del enfoque *múltiple* de los medios del movimiento en América Latina en las últimas décadas.

Del 2001 a la edición argentina

No hace falta decir que, desde mediados de la primera década de este siglo, el surgimiento de YouTube, Facebook, Twitter, Instagram, WhatsApp, WeChat, Sina Weibo y los sitios de Tencent han desarrollado la ecología de las comunicaciones globales de formas bastante imprevistas y han demostrado ser lugares de lucha en varias direcciones. Pero las fuerzas que han surgido y que complican la forma en que evaluamos las direcciones futuras de los *radical media* no surgen simplemente de los cambios tecnológicos. Sin sugerir que la siguiente lista sea exhaustiva, propongo dedicar unas palabras a cada uno de los siguientes desarrollos que han alterado el panorama de los *radical media*, aunque no necesariamente en todos los países, o de la misma manera:³ movilización viral; campamentos de protesta; el

³ Mi advertencia de que estas tendencias varían según el país subraya las fallas de demasiados escritos introspectivos sobre estos temas en el Norte global. Las comparaciones de los usos radicales de las redes sociales en Egipto, Turquía, Túnez, España y Estados Unidos, por Gerbaudo (2012), Zayani (2015) y Tufekci (2017), son un contraste bienvenido y estimulan una reflexión más cuidadosa.

crecimiento del activismo de los *commodities*; el crecimiento del activismo de los fanáticos; argumentos en contra de una división binaria de los medios en principales y radicales; y, ciertamente no menos importante, los usos de los medios e internet por parte de la ultraderecha y los neofascistas. La menguante libertad de internet en todo el mundo cerrará mi visión general de cómo han cambiado nuestras vidas de activistas, en términos de medios, desde las ediciones originales de este estudio.

Movilización viral. Sin lugar a dudas, desde hace años en Tailandia y Filipinas, los teléfonos móviles y las redes sociales han permitido una velocidad sin precedentes en la organización de manifestaciones callejeras (Downing y Brooten, 2007). El estallido de furia pública en 2010 en Irán por las elecciones nacionales robadas se aceleró instantáneamente por los usos de internet y Twitter (Sreberny y Khiabany, 2010). El poder *combinado* de la comunicación masiva cara a cara y los usos de las redes sociales dio velocidad e intensidad a los tumultos de la región árabe de 2011 en España, en los movimientos “Occupy” de todo el planeta, aunque muchos comentaristas los percibieron erróneamente como generados mágicamente en un vacío social por Facebook y Twitter. El masivo movimiento de protesta sostenido en Hong Kong durante la segunda mitad de 2019 no solo utilizó las redes sociales para movilizarse, sino también mensajes encriptados que la policía no pudo descifrar. No menos importante, la capacidad de transmisión en vivo ha sido una clara oportunidad para la izquierda.

Estos levantamientos parecían respaldar una noción errónea, pero bastante común, de que eran movimientos “sin líderes”, lo que implicaba con bastante optimismo que no desaparecerían si el Estado “decapitaba” a sus líderes encarcelándolos o matándolos. Gerbaudo (2012 y 2017) ha insistido enérgicamente en que un estudio cuidadoso de cómo se organizaron realmente estos movimientos arroja un balde de agua fría sobre la afirmación (y la esperanza) de “sin líderes”:

[...] La mayoría de los grupos activistas utilizaron sistemas de gestión de redes sociales [...] con su estructura jerárquica de permisos de usuario [...] La presencia de esta estructura jerárquica y de grupos centrales razonablemente claros, junto con la falta de alerta sobre los riesgos o políticas viables sobre cómo lidiar con las controversias internas, preparó el terreno para malentendidos y recriminaciones que a veces se convirtieron en insoportables luchas de poder en torno al control de las cuentas de las redes sociales [...] *La horizontalidad no es una solución a la cuestión del liderazgo; solo barre el tema debajo de la alfombra* (Gerbaudo, 2017, pp. 153-155; énfasis agregado).

Además, más allá de los tiempos de grandes manifestaciones y gran emoción, cuando los activistas del movimiento están revisando la estrategia anticapitalista y antirrégimen a más largo plazo, Twitter, en particular, carece de capacidad: capacidad para potenciar el desarrollo de intercambios político-económicos más profundos, para potenciar el abordaje de disputas sobre prioridades y tácticas, para potenciar las energías sostenibles. Para generar memes contrahegemónicos, tal vez. Además, esta y otras plataformas están universalmente sujetas a uno o más tipos de control estatal, y la propia infraestructura de comunicaciones es de propiedad privada, no social. La policía puede simplemente desconectar el servicio celular en las zonas en disputa.

Todo esto no quiere decir que las redes sociales en tiempos normales carezcan de recursos para propósitos de movimiento, sino que solo de maneras más limitadas de lo que inicialmente se esperaba, y se necesitaba, permiten los debates a largo plazo y la formación de estrategias esenciales para que emerja un cambio sustancial. Zayani (2015), al analizar su Túnez natal, muestra cómo sus roles allí en la cristalización del sentimiento público en 2011 se entrelazaron con una serie de factores emergentes e históricos e incluso accidentales, en algunos aspectos bastante específicos de Túnez, que no se

encuentran ni en Egipto ni en Libia, “justo al lado”. Agentes independientes solitarios, las redes sociales ciertamente no lo son.

Campamentos de protesta. Las tomas de fábricas han sido una característica de la organización laboral por mucho tiempo, con las tomas de fábricas de Turín de la época de Gramsci, exactamente un siglo antes de que yo escriba esto. Para los lectores argentinos, con tantas tomas de fábricas durante décadas, este tema no necesita más comentarios de mi parte. Tampoco debemos olvidar las notables asambleas vecinales del verano de 2001-2002. Pero los campos de protesta han llegado a funcionar como primos cercanos. Feigenbaum, Frenzel y McCurdy (2013) estudiaron algunos de estos campamentos, en la Plaza Tahrir, Egipto; en un campamento de mujeres anti-armas nucleares de larga duración en Inglaterra (Greenham Common); en una movilización anti-G8 en Escocia; en Occupy Wall Street; y en el formado por españoles indignados en la Puerta del Sol, Madrid. Los autores se esfuerzan por insistir en que los campamentos de protesta no pueden clasificarse claramente, ya que cada uno responde a circunstancias y dinámicas muy diferentes.

Sin embargo, podría decirse en cierto sentido que son la antítesis de la capacidad de movilización instantánea de las redes sociales, en la medida en que constituyen una intensa comunicación cara a cara que dura días, semanas, incluso meses (¡el campo de Greenham Common se desarrolló desde 1981 a 2000!) en la que las relaciones sociales segmentadas habilitadas por las redes sociales puedan desarrollarse y respirar. Aquí no quiero insinuar que las relaciones en las redes sociales no sean *sociales*. Tufekci (2017, p. 169) insiste con razón en que lo virtual *es* el mundo real, solo que tiene un nuevo conjunto de procesos injertados en él:

[...] Internet [...] no es una mera réplica del mundo fuera de línea que es simplemente un poco más rápida y más grande. Las tecnolo-

gías digitales introducen una variedad de giros en los mecanismos y dinámicas sociales a través de sus posibilidades.

El campamento de protesta de la Plaza Tahrir puede haber cobrado vida a través de Facebook y Twitter, pero era la red de conectividad cara a cara que se multiplicaba día a día y durante semanas en la propia plaza, y en acciones similares en todo el país, que por una época amenazó con sacudir la dictadura de Egipto hasta sus cimientos. Y claramente que dejó un gran e indeleble recuerdo de que otros mundos no solo son deseables, sino que pueden ser alcanzables.

Una característica definitoria de muchos campamentos de protesta es que discutir, defenderse de los ataques policiales, manifestarse, todo requiere comida y bebida, y genera un desorden. Las actividades comunitarias de proporcionar alimentos asequibles, limpiar la basura, gestionar visitantes escandalosos (con o sin uniforme), asegurar el suministro de electricidad para teléfonos y cámaras de video, garantizar la atención médica de primeros auxilios, todo ello crea una minisociedad temporal, sostenida más allá de una reunión y manifestación. En otras palabras, la propia infraestructura comunica una experiencia central de solidaridad social.

Por otra parte,

[...] los campamentos de protesta [...] tienden a no formular demandas compartidas ni agregarlas a programas políticos coherentes. Este impulso antirepresentativo es fundamental para los campamentos de protesta y también constituye uno de sus desafíos claves [...] (Feigenbaum, Frenzel y McCurdy, 2013, pp. 23-24).

Especialmente, pueden surgir discusiones sobre cómo relacionarse con los principales medios de comunicación. En algunos campamentos de protesta, los periodistas están efectivamente prohibidos bajo el supuesto de que sus editores serán hostiles hacia el

campamento, incluso si los propios reporteros son abiertos. A veces, se valida que ciertos periodistas sean capaces de escribir de manera justa. La prohibición de conceder entrevistas a menudo provoca que los periodistas pongan sus energías en evadir la prohibición. Sin embargo, otros campamentos están totalmente abiertos a cualquier creador de videos o fotógrafo, acreditado profesionalmente o no. Gerbaudo (2017) señala esto como una diferencia común entre los campamentos de protesta en el período del movimiento antiglobalización de la década del 2000 y los campamentos de protesta tendencialmente bastante abiertos en los movimientos Occupy.

Los bordes difusos y las controversias políticas acerca de las prácticas con respecto a los medios convencionales siguen siendo una característica estándar de los debates del movimiento. Algunos argumentan, como Ryan y Jefferys en *Beyond Prime Time Activism: Media Strategies for Grassroots Organisation*, un clásico de los activistas estadounidenses durante más de 30 años, que los informes pobres u hostiles de los medios de comunicación tradicionales pueden deberse a la inexperiencia de muchos activistas al enmarcar su caso dentro de los formatos y calendarios que pueden utilizar los periodistas en activo, más que a una férrea hostilidad editorial. Sin embargo, su enfoque está en entornos urbanos y locales, no a nivel nacional.

Activismo de commodities. Desde una perspectiva a veces “binaria” de nosotros versus ellos en muchos proyectos activistas de movimientos por la justicia social, consideremos ahora el activismo de los *commodities*. Esto es cada vez más visible en la cultura neoliberal, quizás especialmente en los Estados Unidos, Canadá y Europa, pero también está logrando avances en la economía mundial. Es un fenómeno muy heterogéneo. Por un lado, “[...] Los activistas comprometidos en campañas de ‘comprar por el cambio’ contribuyen a la rentabilidad de

las marcas corporativas, la mercantilización de la identidad cultural, la mercantilización del disenso político [...]” (Mukherjee & Banet-Weiser, 2012, p. 12).

Sin embargo, argumentan, necesitamos “[...] nuevos marcos teóricos que rechacen los binarismos tradicionales y nostálgicos que posicionan la política en oposición al consumismo. El activismo de los *commodities* no es un engaño ni una versión ideal del activismo para las condiciones del siglo XXI” (p. 13; énfasis agregado).

Uno de los colaboradores de su colección, que escribe sobre compañías “verdes”, pero perfectamente consciente de las estrategias corporativas de “ecoblanqueo”, lo expresa de esta manera:

[...] la cultura neoliberal beneficia la aparición muy parcial de productos progresistas y al mismo tiempo recorta las posibilidades de su surgimiento *pleno* [...] lo más progresista del activismo de *commodities* verdes es cuando se puede utilizar para *presionar* [...] para regular el comportamiento empresarial, para cambiar las expectativas psicológicas, o ir más allá del capitalismo verde hacia el cooperativismo verde (Littler, 2012, p. 89; énfasis agregado).

Otro colaborador, escribiendo sobre la actriz de cine mexicano-estadounidense Salma Hayek, concluye:

Como activista cultural, Hayek aboga por roles cada vez más complejos para actores latinos, latinoamericanos y españoles, así como producciones más matizadas de y sobre latinas y América Latina [...] su intervención habla de la cultura de la invisibilidad que históricamente ha rodeado a los actores latinos y latinoamericanos en la [cultura comercial de los Estados Unidos] (135) [...] [a pesar de esto,] las latinas en particular son fundamentales para los esfuerzos de la industria de los medios de comunicación para *utilizar* la sexualidad, la diferencia étnica, la ambigüedad racial y los acentos mul-

ticulturales para vender productos y programación para audiencias globales (Molina-Guzmán, 2012, pp. 135, 137; énfasis agregado).

Estas formas de activismo cultural enarbolan una bandera diferente del escenario *claramente* definido del movimiento de justicia social global.

Para los activistas de los medios de comunicación, a quienes les gusta el activismo puro, todo esto puede parecer una tontería tediosa y distractora. Para aquellos que sienten que hay una ventaja en una cultura de disensión más generalizada y aceptan una medida de ambigüedad, entonces el activismo de los *commodities* que ha surgido en este siglo puede considerarse como un camino (tortuoso) hacia Roma... Sin embargo, la historia global de los sindicatos de trabajo, instrumentos vitales de la lucha de la clase trabajadora, no es una historia menos ambivalente...

Cultura de fans. De manera similar, especialmente si no lo eres, los fanáticos y el *fandom* pueden parecer un planeta impenetrable que es mejor no explorar de todos modos. Sin embargo, Hinck (2019) propone que reconozcamos cómo los partidos, los sindicatos y las iglesias en muchos países están desempeñando roles cada vez menos significativos, y que las interacciones habilitadas por internet y las prácticas de formación de comunidades en línea caracterizan actualmente una porción cada vez mayor de activismo cívico. Ella nos insta a reconocer que hay

[...] Una amplia gama de actuaciones ciudadanas basadas en el *fandom* [...] emancipadoras y problemáticas, efectivas e ineficaces, y organizadas por las bases y la industria [...] pero que [...] los textos políticos importantes involucrados en la ciudadanía basada en el *fandom* emergen de *comunidades en línea específicas de miles o millones* de fanáticos [...] Las interpretaciones y las estrategias de interpretación se elaboran y refuerzan a través del discurso comunitario, las normas

sociales y los actos creativos como la escritura, el arte y la música [...] (Hinck, 2019, pp. 22, 23, 36; énfasis agregado)

Claramente, argumenta, los marcos éticos y las “modalidades” éticas (marcos activados) coinciden en el caso de los partidos políticos; pero puede que no siempre coincidan en la cultura del fandom. La autora presenta cinco ejemplos marcadamente diferentes: la Alianza de Harry Potter, los Huskers (un equipo de fútbol americano del medio oeste de Estados Unidos), los VlogBrothers, la campaña #SavetheArctic #BlockShell LEGO de Greenpeace, y la campaña Force For Change 2014 de Disney Star Wars.

Hinck enfatiza las divergencias del fandom. Por ejemplo:

[...] Los Huskers tienen sus raíces en una ubicación geográfica [...], los VlogBrothers en una plataforma digital [...] El fandom de los Huskers comparte culturas con culturas deportivas más grandes [...] El fandom de VlogBrothers comparte vínculos con culturas geek más grandes [...] el fandom Husker [...] son predominantemente hombres blancos adultos, el fandom de VlogBrothers son predominantemente mujeres blancas adultas en la escuela secundaria o la universidad [...] (Hinck, 2019, p. 83).

La Alianza de Harry Potter es el más alentador de sus estudios de caso. Sus campañas han incluido matrimonio entre personas del mismo sexo, medios de comunicación independientes, alfabetización, justicia económica, intimidación, asistencia en caso de huracanes, salud mental, cambio climático, imágenes corporales saludables, comercio legal y legítimo. Su campaña *Not In Harry's Name* pidió a Warner Bros que usara solo chocolate de comercio limpio en los dulces de Harry Potter.

Un ejemplo diferente fue la campaña #SavetheArctic #BlockShell de Greenpeace (<<https://www.greenpeace.org/international/>

story/6999/how-lego-got-awesome-to-savethearctic/>), que finalmente en 2014 logró presionar a LEGO a cancelar su contrato con Shell Oil, vigente desde 1966, que había asegurado que todas las estaciones de nafta en miniatura de LEGO fueran estaciones Shell. Aquí hubo una considerable disensión, en este caso entre generaciones. Los adultos que continuaban disfrutando jugar con LEGO vieron la campaña como una amenaza a una actividad muy querida y tal vez implícitamente acusándolos de complicidad en la destrucción del Ártico, mientras que los padres cuyos hijos jugaban con LEGO fueron mucho más solidarios.

Por tanto, el análisis de Hinck no pasa por alto el desorden del activismo del fandom. Admirable, por ejemplo, como fue el activismo de los Huskers en apoyo de los programas de mentores para jóvenes, sin embargo, “[debido a que] los jugadores de fútbol y los entrenadores son valorados como huskers y nebraskans ideales, los hombres blancos heterosexuales ejercen un poder enorme sobre cómo definir la identidad de Husker y Nebraska” (Hinck 2019, p. 80). Y, en general, reconoce, “las discusiones sobre las estructuras del racismo, el sexismo y la homofobia a menudo no se discuten” en estas campañas basadas en el fandom con un enfoque social (Hinck, 2019, p. 168). De hecho, la base de fanáticos de ciertos equipos de fútbol en algunos países ha sido colonizada no solo por los intereses corporativos cotidianos, sino por la ultraderecha política. (Rápidamente volveremos a los medios de los movimientos sociales de extrema derecha a continuación.)

Movimiento y medios de comunicación: ¿esferas separadas o simbióticas? Linda Jean Kenix, profesora de periodismo radicada en Nueva Zelanda, ha publicado un ataque significativo a la suposición de “esferas separadas” (Kenix, 2011). Se centra casi por completo en el periodismo de noticias contemporáneo, es decir, blogs y podcasts junto con noticias impresas y televisivas convencionales. Ella argumenta que

las presiones comerciales también influyen en los medios de comunicación comunitarios, que a menudo aceptan publicidad incluso si tienen límites claros con respecto de los anuncios y anunciantes que aceptarán (por ejemplo, copia no sexista, sin anuncios de tabaco o corporaciones contaminantes). Mientras tanto, señala, el aumento del periodismo ciudadano donado gratuitamente, como las tomas de teléfonos móviles en la escena de un drama, o los esfuerzos para hacer que los periodistas sean personalidades “identificables” (aunque para mejorar las ganancias) también reflejan la necesidad de aparentar ser respetuoso y estar en sintonía con sus “consumidores”/el público.

También podríamos señalar la práctica bien establecida entre los políticamente comprensivos periodistas de la corriente principal de filtrar una historia que saben que no sobrevivirá a los ojos de sus propios editores, a *radical media* que la usarán con gusto. Decir que los *radical media* son diferentes de los medios comerciales, estatales o religiosos, no significa que los *radical media* sean todos iguales entre sí. Tampoco significa que haya una cortina de hierro impenetrable entre las dos esferas. Incluso en la edición de “dos mundos” de 1984 de mi libro cubrí algunos proyectos de radio italiana gratuita de la extrema izquierda que aceptaban ciertas formas de publicidad. En la Primavera de Praga de 1968, los reformadores se apoderaron pacíficamente de los medios de comunicación estatales. Y en lo que respecta a los medios informativos comerciales, tampoco se cortan exactamente del mismo tejido. Wikileaks trabajó con cinco periódicos comerciales (*The New York Times*, *The Guardian*, *El País*, *Le Monde*, *Der Spiegel*), Edward Snowden solo con uno (*The Guardian*).

Si esto representa, como propone Kenix, “convergencia” en un mundo dominado por el capital, es otro asunto, una afirmación mucho más avanzada. Ciertamente, las formas de organización autogestionadas que son comunes en los medios del movimiento, como las estaciones de televisión de la Argentina (Vinelli, 2014), no se reflejan en los medios comerciales. Los objetivos, no menos importantes,

varían enormemente entre las dos esferas. No obstante, como un recordatorio útil del desorden de los flujos y procesos de los medios, el argumento de Kenix debe tenerse en cuenta, al igual que los mundos de las mercancías y el activismo de los fans.

Si nuestra imagen de activismo es la de moverse decisivamente para desarraigar las miserias actuales, sabiendo exactamente lo que tenemos en mente para poner en su lugar (un mito de larga data sobre la revolución bolchevique, aunque muy lejos de la realidad de su primera década, y mucho menos su descenso al estalinismo), entonces estas áreas borrosas podrían considerarse una desviación peligrosa. Sin embargo, *si* deseamos construir una cultura contrahegemónica, una cultura abierta a diferentes mundos (en plural), entonces sugeriría que debemos esperar todos los brotes constructivos que se puedan reunir. Las ventajas de lo “borroso” y las visiones plurales son muy evidentes en el enérgico y pluralista sector de revistas independientes de Argentina (Badenes, 2017).

Entonces, si y cuando los medios de comunicación principales resultan porosos, y nuestras voces desde abajo a veces resuenan en ellos y no son simplemente burladas o pintadas, tanto mejor. Es una especie de baile, no muy diferente del “baile” que Vinelli describió entre las autoridades estatales de la Argentina y los activistas de la televisión comunitaria luego de la aprobación de la Ley 26.522, para que las estaciones realmente funcionen una vez legalizadas: “[...] existe una puerta donde antes había una pared, pero no son las experiencias populares las que tienen el manejo de las llaves (Vinelli, 2014, p. 266).

Medios de comunicación del movimiento ultraderechista. La historia de los siglos xx y xxi muestra con demasiada claridad cómo los movimientos sociales, con una base de masas, no son de ninguna manera el territorio particular de la izquierda. Antes de llegar al poder (Ross, 2011), los nazis utilizaron masivamente pancartas y marchas callejeras para el público, periódicos para movilizar a sus activistas (solo

después utilizaron la radio y el cine para consolidar su apoyo público). Los rebeldes de Franco en la Guerra Civil española utilizaron la radio (Garitaonandia, 1988, pp. 152-159). En los Estados Unidos algunos de los primeros activismos en internet (tablones de anuncios, en la década de 1980) provinieron de los notorios supremacistas blancos del Ku Klux Klan. Desde el surgimiento de la World Wide Web, los sitios web ultraderechistas han proliferado en muchas partes del planeta, dando aliento a muchos extremistas que a menudo se habían sentido aislados y, por lo tanto, políticamente impotentes. Facebook, Twitter e Instagram se han prestado a la explotación por parte de los movimientos ultraderechistas (aunque en el momento de redactar este artículo, Twitter parecía retroceder). La música rock tiene una falange ultraderechista.

Estos medios están menos estudiados de lo que deberían.⁴ Escribiendo esto en el umbral de la década de 2020, no podemos cerrar los ojos ante la reciente ola planetaria de represión cuyos activistas de los medios de comunicación son muy a menudo agentes vitales del odio étnico/religioso. Ya sea en direcciones islamofóbicas, racistas, sexistas u homofóbicas, o todas combinadas, en conjunto con gobiernos profundamente reaccionarios (Egipto, Arabia Saudita, Rusia, China, Estados Unidos, India, Filipinas, Brasil, Birmania/Myanmar, Irán, Zimbabwe, Hungría...) las aparentes “voces del pueblo” reiteran su evangelio del odio a través de una gran variedad de nano-medios.

Durante la presidencia de Trump en los Estados Unidos un importante canal corporativo de noticias de televisión (Fox) se redefinió, para muchos, como la voz del pueblo, y el presidente como un desamparado heroico que lucha valientemente por el pequeño tú y el pequeño yo. Sus tweets interminables, saturados de ataques a inmigrantes y refugiados latinoamericanos, llegaron instantáneamente

⁴Véanse Downing y Husband (2005, pp. 60-85), Padovani (2016), Haller, Holt y De La Brosse (2019).

a unos 64 millones de seguidores de su cuenta de Twitter. Esta fusión de escalar de lo diminuto con la masa, este *up-end* de un canal de televisión corporativo para pretender ser la voz de los oprimidos, esta serie interminable de mítines para fieles y curiosos, ha atraído mucha atención e imitación de la política reaccionaria de líderes en todo el planeta. Mucha gente espera desesperadamente que alguien en el poder se preocupe por ellos, y no les importa mucho cómo se ven o cuáles podrían ser sus fallas personales. Hitler también hablaba por “el hombrecito”; Narendra Modi de la India para los hindúes oprimidos (una mayoría de 5/6 partes...); los controles de obediencia nacional de Xi Jinping, él insiste, evitarán que se repitan las humillaciones de China desde la década de 1840 hasta la de 1940. Para ser un primo posterior de sus antepasados, el ultraderechismo no necesita regresar con botas de cuero marchando al unísono o aviones de combate volando en formación o mitos nórdicos o un regreso al imperio romano. Y el internet ultraderechista y el activismo de los medios son una dimensión crítica de esta epopeya que se desarrolla actualmente. Aquí, la ambigüedad mencionada anteriormente en ciudadanía de fanáticos o mercancía tiene espacio cero.

Infraestructura: activismo informativo y activismo mediático. Aquí sostendré que el activismo mediático en el sentido habitual, aunque sigue siendo urgente, ya no es suficiente. Hoy, para casi cualquier forma de activismo, el acceso a internet global es esencial, en uno o en muchos o en todos los puntos. Sin embargo, su infraestructura está bajo el control corporativo y estatal, una amarga verdad que a menudo se pasa por alto. La policía de la ciudad de Nueva York y otras fuerzas policiales importantes de la ciudad, por ejemplo, simplemente han desconectado temporalmente las redes de telefonía celular en las áreas de protesta. Es cierto que cuando el gobierno egipcio apagó brevemente internet en 2011, se vio obligado rápidamente a reabrirlo. Pero los principales regímenes de todo el mundo tomaron

nota y, de hecho, el gobierno chino se ha movido en una variedad de formas, además de “jugar con el interruptor”, para establecer una internet restringida a nivel nacional.

Aquí es donde los activistas sobre la vigilancia, los activistas laborales, los activistas comunitarios y los activistas de los medios de comunicación deben trabajar codo a codo y, de hecho, fusionar sus esfuerzos. Hace casi doscientos años, en los días del movimiento social cartista británico, el gobierno de entonces, para reprimir los periódicos de la clase trabajadora, impuso un fuerte impuesto (siete centavos de dólar por copia) al papel de periódico. Muchos impresores desafiaron el impuesto, vendiendo periódicos de un centavo de dólar (muchos fueron encarcelados). Sin papel de periódico en aquellos días, sin fácil acceso a la infraestructura de internet en nuestros días, organizarse contra el poder (y organizarse a favor del poder) es como correr con una pierna rota. Esto no es solo para personas cuyo pasatiempo es la política de comunicación. Es para todos nosotros. Sin división del trabajo.

Más allá de la resistencia

He tratado de señalar las dimensiones adicionales de los medios de comunicación de movimientos sociales que han surgido en los últimos veinte años. Sacar conclusiones sería absurdo: deben ser elaboradas por los activistas de los medios de comunicación del movimiento a medida que se desarrollan las situaciones.

Permítanme terminar, entonces, planteando una dialéctica vital en curso: entre la energía y la inmediatez de la interacción cara a cara, y el impulso sostenido necesario y la extensión de la interacción humana utilizando los medios (de todo tipo). Di Marco y sus colegas (2003, p. 217) escribieron elocuentemente sobre las asambleas vecinales de diciembre de 2001, cómo resignificaron el espacio público, construyeron una identidad colectiva y construyeron una plétera de símbolos:

El fuego, el humo, las cacerolas, las manos, los palos, las caras tapadas, las ollas populares (el alimento compartido), las banderas, las ropas, los colores, los cánticos se transforman en símbolos en tanto realidad capaz de desempeñar simultáneamente un doble papel: de representación y de establecimiento de una relación.

Nos recuerdan los campamentos de protesta, la Plaza Tahrir, la Puerta del Sol...

Pero el activista teatral e historiador Jorge Dubatti (2003, pp. 46-49) ofrece un juicio similar sobre el teatro en los veinte años posteriores a la última dictadura. Nos urge a reconocer cuántas representaciones teatrales en los veinte años posteriores a la caída de la dictadura argentina rechazaron el canto de sirena de la globalización capitalista, insistieron en la irreductibilidad de la interacción humana directa en lugares específicos, confrontaron el deseo de los círculos dominantes de amnesia pública, de una visión única de realidades en disputa, y pivotó en el intercambio sin mediación entre unas pocas docenas, como mucho entre cientos. Menos, era realmente más; mucho más profundo que los millones conectados a través de guiones masivos en papel o en ondas. Después de los desesperados años de la dictadura, el teatro de movimiento permitió no solo la resistencia, sino también la resiliencia, la capacidad de perseverar.

Un activismo mediático que olvide estas verdades sería tan miope como uno que se negara a aprovechar todas las tecnologías de comunicación disponibles o emergentes. Esta es la dialéctica clave.

PREFACIO

Los enfoques habituales sobre los medios de comunicación están en gran medida desequilibrados, ya que se rehúsan a tomar con seriedad la perseverancia y la omnipresencia histórica de los medios alternativos radicales. Aunque el alcance de tales medios en el comienzo del siglo XXI es más amplio que nunca, y por lo tanto requiere de toda nuestra atención y análisis, de ningún modo han llegado tarde al mundo de la cultura y la política. Simplemente, son nuevos en el ámbito de la investigación y en la teoría, que prefiere lo que aparece como evidente y fácil de cuantificar. Por *radical media* me refiero a medios, en general, de pequeña escala y diversos, que expresan una visión alternativa hacia las políticas, prioridades y perspectivas hegemónicas.

Que ocupen una brecha muy importante es solo una razón para concentrarse en los medios alternativos radicales. La otra está relacionada, pero es más pragmática que conceptual: la necesidad del activismo mediático frente a bloqueos a la expresión pública.¹ Estos bloqueos provienen de muchos frentes: componentes poderosos dentro de la dinámica de la economía capitalista, secretos gubernamentales, oscurantismo religioso, códigos racistas y patriarcales

¹ Existe una gran literatura sobre aspectos de la hegemonía de los medios dominantes, y referiré al lector a una parte de ella en lugar de tratar de resumirla aquí: Bagdikian (1999); Brook y Boal (1995); Curran y Seaton (1991); Dates y Barlow (1993); Entman (1989); Gitlin (1983); Gray (1995); Herman (1999); Herman y Chomsky (1988); Herman y McChesney (1997); Hertsgaard (1988); Kellner (1990, 1992); McChesney (1996); Schlesinger (1992); Sinclair (1991); Sussman (1997); Van Zoonen (1993).

institucionalizados, otros códigos hegemónicos² que se presentan como naturales y razonables, el malicioso impacto del populismo reaccionario, y también reflejos de todos estos en los mismos movimientos opositoristas. El activismo de los *radical media* no es la única respuesta necesaria (la alfabetización mediática, la creciente democratización de los medios, la divulgación científica y técnica, y el apoyo para los profesionales de los medios que luchan para mejorar la práctica mediática convencional son todos vitales) pero es esencial.

¿Cómo pueden los *radical media* en pequeña escala tener algún impacto que valga la pena? Este libro se dispone a contestar esa pregunta, pero la respuesta corta es que tienen impactos múltiples en distintos niveles. Aquí ofrezco dos ejemplos rápidos.

En el espiral descendente de la segunda Guerra Fría durante el principio de la década de 1980, yo fui solo uno de los muchos estadounidenses, rusos y demás que observaban horrorizados cómo los líderes seniles de los dos bandos, Breznev y Reagan, se apuntaban entre sí con armas nucleares increíblemente masivas (con el apoyo entusiasta de sus grupos militares y de sus complejos industriales-militares). Sobre este tema, los medios principales siguieron a los líderes de ambos bandos.³ Sin embargo, en los Estados Unidos y en la antigua Alemania

² Al usar el término *hegemónico*, me inspiré principalmente en su uso en el trabajo de Gramsci. Discuto el trabajo de Gramsci en el primer capítulo y también en Downing (1996, pp. 199-204).

³ Aunque lo hicieron de una manera por demás servil en el bloque soviético, mientras que hubo algunas excepciones en Occidente, la posición pública soviética ocupó la postura moral más estricta de rechazar la así llamada "doctrina del primer golpe", es decir, la estrategia de iniciar una guerra nuclear. La posición de los Estados Unidos bajo la dirección de Reagan era la de no descartar un primer ataque. La posición soviética era sumamente efectiva. Simultáneamente inspiraba a los movimientos antinucleares en Occidente, dándoles una manera de atacar a sus líderes gubernamentales, y reflejaba el miedo muy profundo del público soviético a la guerra, arraigado en sus colosales pérdidas humanas durante la Segunda Guerra Mundial. En realidad, por supuesto, en asuntos militares y del mismo modo que en deportes de equipo o ajedrez, una defensa inexpugnable hace que una política de ataque sea más fácil de seguir porque hay menos temor

Occidental, en particular, pero también en Gran Bretaña, Italia y Países Bajos, grandes movimientos antinucleares brotaron o se revitalizaron, tanto en contra de las armas nucleares como, más ampliamente, del poder nuclear. Alemania en particular produjo una gran gama de *radical media*, que expusieron y atacaron la carrera armamentista nuclear y los peligros del poder nuclear (Downing, 1988). En Estados Unidos, se hizo y proyectó un gran número de documentales antinucleares, entre ellos *Paul Jacobs and the Nuclear Gang* (1979) y *The Atomic Cafe* (1982). Estos, a su vez, alimentaron los movimientos y las marchas en proceso, los cuales generaron una tremenda oposición contra el liderazgo estadounidense y el soviético. Solo en la ciudad de Nueva York marcharon un millón de personas. Esto se transformó en un factor para la habilidad del liderazgo soviético para apoderarse de los altos principios morales, pero también otorgó a ambos líderes una oportunidad para lograr mérito por haberse retirado de la proliferación nuclear, comenzando con la cumbre de superpoderes en Reikiavik, Islandia, en 1987. De no haber sido por estos movimientos y sus medios, la posibilidad de la destrucción mutua asegurada (la doctrina oficial de los estrategias de guerra) habría sido aún mayor.

Este es un ejemplo de un gran impacto internacional. Algunos otros son los casos de estudio italiano, portugués, ruso y polaco en la parte III, el caso iraní al que nos referimos de forma intermitente y el movimiento anti-*apartheid* internacional.

a represalias. Describir las armas como ofensivas o defensivas se basa en esta realidad. La denominada Iniciativa de Defensa Estratégica de la administración Reagan (a veces referida como el proyecto "La Guerra de las Galaxias"), el multimillonario programa de investigación sobre armamento basado en computadoras y láser, fue otro clásico en esta mistificación: también se afirmó que era defensivo solo para proporcionar un escudo impenetrable alrededor de los Estados Unidos para interceptar cualquier misil entrante. Si hubiera sido tecnológicamente factible, no habría sido simplemente defensivo; y aquellos de sus elementos que eran realmente factibles podrían ser desplegados en ataque igual de bien o mejor. La literatura sobre el tema es enorme, pero los siguientes estudios son guías útiles: Aldridge (1983), Lifton y Falk (1982), Manno (1984), Pringle y Arkin (1983).

En un plano mucho menos dramático están las pequeñas tarjetas de visita fotográfica (*cartes-de-visite*) que Sojourner Truth solía vender para mantenerse hacia el final de su vida. Estas pequeñas fotografías de uno mismo, usadas como tarjetas de visita y como recuerdos, eran una especie de obsesión nacional en la década de 1860. Truth posó para catorce, todas ellas mostrándola vestida como una mujer respetable de clase media alta que se ve mayormente sentada con su tejido de punto en el regazo. Más de un siglo después, la imagen puede parecer completamente banal. Pero como Nell Irvin Painter (1996) señala, en contexto, la imagen hizo una afirmación radical. Truth no trabajaba en el campo o sobre una tina de lavado (las únicas otras imágenes visuales de ella). Ella era, por el contrario, una mujer respetable:

Ver a la mujer negra como una dama iba en contra de la normalidad de la cultura estadounidense del siglo XIX. Pero al hacer circular sus ampliamente fotografías, Truth reclamaba la feminidad de una mujer negra que había sido esclava, ocupando un espacio normalmente fuera del alcance de mujeres como ella. Truth se rehusó a definirse a sí misma por su esclavitud. Aprovechando una nueva tecnología, ella estableció lo que pocas mujeres negras del siglo XIX fueron capaces de demostrar: que ella existía en su tiempo (pp. 198-199).

Este ejemplo, además de alentarnos a reconocer la importante cuestión de contexto, nos dice algo más. No hay alquimia instantánea, ni procedimiento social y químico indiscutible, que diferencie en un instante o con resultados definitivos a los medios verdaderamente radicales de los aparentemente radicales o incluso los no radicales.⁴

⁴Del mismo modo, en un estudio de los primeros años de *El show de Bill Cosby* (Downing, 1988b), sostengo que, en contexto, esa serie aparentemente acogedora, incluso ligada a la trivialidad, desafió con éxito a un gran número de anticuadas doctrinas racistas

En este caldo multifacético y candente que llamamos sociedad, ¿qué cosa cuenta como políticamente opositora, como personalmente expresiva, como experimental, como incrustada en el presente cultural, como visión del futuro del público, como reclamo de los méritos olvidados del pasado? Para aquellos con mentes instintivamente ordenadas, este dilema de categoría genera verdadero dolor, un auténtico absceso intelectual. Sin embargo, si bien no se desea alabar la incertidumbre en sí misma, quizás el punto más importante de este caldo hirviente sea precisamente la indeterminación. De tales calderos puede surgir un cambio social y cultural, en muchas direcciones, tanto positivo como negativo y también intermedio. Las revoluciones de 1848 en Europa, la turbulencia en Rusia durante las primeras décadas del siglo XX, el período de la República de Weimar en Alemania, el movimiento independentista de India durante la década de 1920 hasta 1947, el fermento internacional de las décadas de 1960 y 1970, son solamente algunos ejemplos.

Sin dichos calderos hay inmovilidad, que a veces puede ser preferida por personas razonables y constructivas, pero el asunto aquí no es tanto lo deseable como lo que realmente sucede y su relación con los medios alternativos radicales. Y, simultáneamente, lo que está en cuestión es la relación entre los remolinos (a veces imperceptibles) y fermentos de opinión y expresión, y el impacto de tales medios. La pregunta puntual de si alguna actividad particular en este ámbito público alternativo debe ser considerada opositora o autocomplaciente o reaccionaria, o alguna mezcla de estos, es un tema de discusión. Tal vez pasen muchas décadas antes de que se pueda establecer la importancia de tales eventos, si es que alguna vez se puede hacer siquiera. Pero para los propósitos actuales, es el fermento mismo lo que cuenta como matriz para los *radical media*.

dentro y fuera de la industria televisiva de Estados Unidos. En la Parte I, Capítulo 1, y en toda la Parte II, volveremos sobre esta cuestión de las culturas de oposición y su expresión.

En la edición original de este estudio, publicado en 1984 por el colectivo South End Press en Boston, Massachusetts, adopté de manera simultánea una definición no binaria y una binaria de los *radical media*. Estaba muy preocupado por desafiar una ortodoxia preva-
lciente de la época, es decir, que solo había dos modelos viables de cómo organizar los medios, el capitalista occidental y el soviético. Cada sistema tenía sus ideólogos a favor y en contra. En Occidente, se podía encontrar un número preocupante de individuos de la izquierda política que, si no eran defensores de los medios soviéticos, al menos eran reacios a atacar a estos medios o al sistema soviético, con el falso argumento de que hacerlo facilitaría que los magnates e ideólogos de los medios occidentales promovieran las glorias corruptas de sus propios medios de comunicación, supuestamente agentes libres de la libre expresión. En Oriente, décadas de intensa frustración por lo absurdo y dañino de sus propios sistemas de medios llevaron a muchas personas pensantes a fantasear con los medios occidentales, y con representar a los investigadores críticos de los medios occidentales como idiotas engreídos y equivocados. De cualquier manera, un consenso internacional parecía sostener que solo dos modelos de organización de los medios eran factibles o incluso imaginables.

Estaba decidido a poner en duda ese consenso, así que pasé bastante tiempo criticando la aplicación entonces contemporánea de la teoría leninista de los medios en Oriente, además de remarcar el triunfalismo idiota de aquellos que corearon (¡y todavía corean!) las virtudes puras de los medios de comunicación capitalistas. También me esforcé por construir los rudimentos de una teoría de los medios alternativos radicales sobre la base de algunos escritos de anarquistas socialistas, feministas marxistas británicas de ese período y teóricas marxistas disidentes en Europa Oriental (y pasé tiempo anotando vicios típicos de los medios alternativos).

Esa era, pues, mi postura antibinaria. “¡Malditas sean sus dos familias!” gimió Mercucio, por desgracia con su aliento final, habiendo

sido apuñalado en una batahola callejera entre los arrogantes Montesco y Capuleto (no es precisamente un precedente alentador, creo, pero lo hice de todas maneras).

Mi propio binarismo, sin embargo, pasó desapercibido, al menos por mí. Surgió, efectivamente, por estar atrapado en el ya mencionado espiral de la Guerra Fría. Por lo tanto, parecía especialmente urgente tratar de poner en evidencia los méritos de las formas alternativas de comunicarse políticamente, por muy poco valiosas que pudieran parecer en primera instancia. Sin embargo, destacar su importancia me llevó a definir a los *radical media* con mayor precisión, en estricta oposición a los medios convencionales, a un mayor grado de lo que ahora creo posible para la mayoría de las coyunturas en la historia política. Simultáneamente me llevó a representar a los importantes medios comerciales como parte permanente del problema, excepto en raras y gratas ocasiones. Esa fue mi transición hacia el binarismo. Solamente estaba implícito, y de hecho, lo contradije varias veces en mis argumentos, pero de todos modos simplifiqué seriamente tanto a los medios convencionales como a los medios alternativos.

Llevada a su punto final, esa posición descartaría cualquier movimiento hacia la democratización de los medios comerciales a gran escala, acción que los dejaría fuera del problema con demasiada facilidad. Presentaría a los ataques a menudo apasionados contra los principales medios de comunicación de la derecha política y la extrema derecha en algún lugar entre incomprensibles e irrelevantes. Minimizaría los usos que los movimientos y grupos de oposición a veces pueden hacer de los medios de comunicación dominantes.⁵ Sería también aplanar la muy considerable variedad de *radical media*.

⁵Para una guía muy útil de este último tema, véase Ryan (1991).

Procedo pues a esbozar mi definición preliminar de lo que diferencia a los medios alternativos radicales de los más reconocibles medios convencionales.

En primer lugar, debe reconocerse que hablar simplemente de medios alternativos es casi un oxímoron. Todo, en algún momento, es una alternativa a otra cosa. La creciente cantidad de revistas especializadas o de boletines de industrias corporativas, a pesar de ser sin duda un fenómeno interesante, no pertenecen a la categoría de medios estudiados aquí. Hasta cierto punto, el atributo adicional de “radical” ayuda a consolidar la definición de medios alternativos, pero incluso aquí, tenemos que hacer algunas calificaciones preliminares.

En segundo lugar, los *radical media*, dependiendo del punto de vista del observador o del activista, pueden representar por igual fuerzas radicalmente negativas y fuerzas constructivas. Desde mi propio punto de vista, los *radical media* fundamentalistas, racistas o fascistas incitan a que la sociedad retroceda a problemas aun más grotescos que los que enfrentamos hoy. Pero el hecho es que son *radical media*. También exigen ser entendidos, incluso si los diferenciamos por ciertos criterios (examinados en la parte II) de los medios cuyos fines dominan este estudio.

Pero, en tercer lugar, en algunas circunstancias, la designación “*radical media*” también puede incluir medios étnicos minoritarios. También, a veces, medios de comunicación religiosos. Entonces tal vez también, una gran cantidad de periódicos comunitarios y tabloides de anuncios, dependiendo de los temas en juego en las comunidades en cuestión. Pero igualmente, el adjetivo radical puede no encajar en un número considerable de estos medios étnicos, religiosos o comunitarios. Todo depende de su contenido y contexto. Lo que podría parecer abstractamente una instancia blanda y discreta podría, en un contexto dado, estar atacando alguna ortodoxia, como lo muestra el ejemplo de Sojourner Truth.

De hecho, puede que las mismas intenciones de los propios comunicadores no sea ninguna guía en este laberinto, o al menos que sea una guía notablemente insuficiente. La historia está repleta de casos de individuos y grupos que no imaginaban, y bien podrían ni haber tenido idea, de la cadena de eventos socialmente disruptivos que estaban poniendo en marcha.

Por lo tanto, el contexto y las consecuencias deben ser nuestras guías principales para entender cuáles pueden ser o no definidos como medios alternativos radicales. Los límites casi siempre son borrosos. Toda tecnología utilizada por activistas de los medios de comunicación radicales es y siempre ha sido utilizada principalmente para fines convencionales, no para los suyos.

A veces, en cuarto lugar, y tal vez en la mayoría de los casos, los *radical media* se confunden dentro de la profundidad de su radicalismo, y mucho más con respecto a la efectividad de su expresión. Un ejemplo serían las caricaturas estadounidenses en la prensa a favor del sufragio (Israels Perry, 1994): las mujeres generalmente se representaban como inevitablemente virtuosas, a menudo como víctimas, rara vez como figuras de autoridad, casi exclusivamente blancas y bien educadas, y si se representaba a mujeres poderosas, era como “la Mujer Maravilla Amazona o figuras alegóricas extraídas de la cultura clásica” (p. 10). Así, mientras exigían el voto para las mujeres, muchas de estas caricaturas opositoras reiteraban simultáneamente los estereotipos patriarcales. Definiciones estrictamente binarias de estos medios simplemente son rechazadas por su espectro real.

Aun así, en quinto lugar, en algunas circunstancias, cuando son forzados a la clandestinidad por la represión sistemática y la censura, especialmente en sus variantes fascistas o soviéticas, o en un típico régimen militar, entonces, dichos medios se encuentran en una situación binaria. Los primeros años de Reagan, los años de Nixon, y ciertamente la era de McCarthy tenían algo de ese condimento de la izquierda política en los Estados Unidos, gracias al FBI de J. Edgar Hoover.

En sexto lugar, los medios alternativos radicales se encuentran en una variedad colosal de formatos. En la primera edición, me concentré casi por completo en los medios de comunicación radicales que se publicaban regularmente, con el objetivo de tratar de entender cómo los activistas de los medios, a menudo no remunerados o con salarios bajos, logran seguir adelante día a día, mes a mes e incluso año tras año. El objetivo valió la pena, y, de hecho, los casos de estudio en esta edición son en su mayoría de esa clase. Pero como definición de la variedad de formas que pueden tomar los *radical media*, se empobreció. Dichos medios pueden incluso encontrarse dentro de un entorno de medios ajenos a su naturaleza, como cuando las caricaturas izquierdistas malvadas se insertan incómodamente en los periódicos conservadores.

Si, en séptimo lugar, los medios alternativos radicales tienen una cosa en común, es que rompen las reglas de alguien, aunque raramente todas ellas en todos los aspectos.

También podemos decir, en octavo lugar, que estos medios son típicamente a pequeña escala, generalmente no reciben suficiente financiación, a veces pasan en gran medida desapercibidos (al menos inicialmente), en ocasiones, son el objetivo de una gran ira, miedo o ridículo desde lo alto, o incluso dentro del público en general, o en ambos. A veces son efímeros, incluso epifenómenos; otras, duran muchas décadas. A veces son fascinantes, a veces aburridos y cargados de jerga, a veces aterradores, a veces brillantemente divertidos.

En noveno lugar, los medios alternativos radicales generalmente cumplen dos propósitos primordiales: *a*) expresar oposición verticalmente desde zonas subordinadas directamente contra la estructura de poder y su comportamiento; *b*) construir apoyo, solidaridad y trabajo conjunto lateralmente contra las políticas de la estructura de poder, o incluso contra su misma supervivencia. En cualquier forma que se dé, pueden estar involucrados tanto propósitos verticales como laterales.

En décimo y último lugar, dentro de su organización interna tienden a tratar de ser, de alguna manera, más democráticos, o, a veces, considerablemente más democráticos que los medios convencionales.

En la parte I, me esforzaré por proporcionar contenido conceptual en estas bases. En el resto del libro, mis coautores y yo examinaremos toda una colección de *radical media*.

AGRADECIMIENTOS

Primero, mi agradecimiento a Sage Publications, Inc., y particularmente a Margaret Seawell, y antes de ella a Sophy Craze, por encarar este proyecto; y gracias a South End Press por publicar la primera versión allá por 1984. Como los lectores de esa versión sabrán muy bien, y les agradezco su lealtad al proyecto y su persistencia, el encolado por parte de la firma holandesa con la que South End Press había trabajado era totalmente inadecuado, y las páginas se caían casi al momento de abrir el libro. Esta vez el texto es menos posmodernista estructuralmente...

Debo agradecer a mucha gente de los diversos medios que he estudiado, pero incluso antes que a ellos me gustaría agradecer a los estudiantes en mis clases de Medios alternativos en Hunter College y luego a la Universidad de Texas en Austin por el estímulo y las ideas que me han dado durante la larga gestación de esta nueva versión, constituyendo, según mi cálculo, alrededor del 75% de un libro completamente nuevo. Entre ellos, me complace destacar a mis coautores de los capítulos sobre internet y la televisión de acceso público de Estados Unidos, Tamara Villarreal Ford, Genève Gil y Laura Stein.

Por el caso de estudio portugués, mi agradecimiento a Fernando da Sousa, Gabriel Ferreira, João Alferes Gonçalves, Jorge Almeida Fernandes, Raúl Rêgo, Fernanda Barão, José Salvador, Fernando Cascais, Alvaro Miranda, Manuel Vilaverde Cabral, Phil Mailer, Bruno Ponte y Manuel Braga. Por el caso de estudio italiano, mi agradecimiento a Gianni Riotta, Guido Moltedo, Angela Pascucci,

Ida Dominjanni, Rina Gagliardi, Sara Maggi, Massimo Smuraglia, Stefano Fabbri, Raffaele Palumbo, Mario Bufono, Margherita Cavalli, Marco Imponente, Livio Sansone y su familia, Sandro Scotto, Vito y Ombretta Conteduca, Gabriella Camilotto, Federico Pedrocchi, Biagio Longo, Paolo Hutter, Manuela Barbieri, Sergio Ferrentino, Marcello Lorrai y Marina Petrillo. Para los casos de estudio de KPFA y Free Radio Berkeley, mi agradecimiento a Vera Hopkins, Bari Scott, Ginny Berson, Eve Matthews, David Salniker y Stephen Dunifer; y para una visión inicial de la microradio, Tetsuo Kogawa. Por el estudio *samizdat*, mi agradecimiento a A. J. Liehm, Jiri Hochmann, Boris Bagaryatsky, Volodia Padunov, Karol Jakubowicz, Tadek Walendowski, Witek Sulkowski, Piotr Naimski, Ryszard Knauff, Wojciech Ostrowski, Jakab Zoltan y Szekfü Andras.

Tuve la suerte de recibir apoyo para los casos de estudio portugués e italiano originales por parte del ssrc (Social Science Research Council) británico en 1980, además de un permiso trimestral de Thames Polythencic (hoy esrc y la Universidad de Greenwich). En 1984, 1986, 1988 y 1990 recibí el apoyo del psc-CUNY Faculty Research Fund para mis estudios sobre medios antinucleares en lo que entonces era Alemania occidental (brevemente señalado en el texto) y para la investigación acerca de los medios de comunicación del bloque soviético (algunos de los cuales participaron en *samizdat*). También recibí en 1997 una beca de viaje de la Universidad de Texas para regresar a la escena italiana y actualizar mis casos de estudio allí, así como un semestre sabático de la Universidad de Texas en Austin en 1999 para ayudar a completar la escritura de este libro. Por otro lado, se ha tallado en los intersticios de mi existencia diaria, pero con el estímulo de excelentes colegas, personal de trabajo y estudiantes del Departamento de Radio-Televisión-Cine de la Universidad de Texas de Austin.

Gracias a Clemencia Rodríguez y John Sinclair, en particular, por su lectura detenida de mis borradores anteriores; y también a

Dana Cloud, Jesse Drew, Bob Jensen y algunos revisores anónimos de Sage por sus muy útiles consejos sobre el abordaje al material.

Por último, en una nota personal, una palabra en honor y amor por Anneli, Corinna, Juanita, Zoë, *chetvero absoljutno zamechatel'nykh i krasivikh docheri*; en amoroso recuerdo de Jamal y Stansil; y en celebración de Ash Corea, *la mia compagna dappertutto*, quien, como escribí la primera vez, representa lo que este libro se esfuerza por lograr.

Austin, Texas